La acción del CICR durante la Segunda Guerra Mundial

En Estados Unidos, un grupo de investigadores, cuyo propósito es localizar en bancos suizos las fortunas depositadas por víctimas —sobre todo judías— de las persecuciones nazistas, ha dado con una serie de documentos procedentes de Office of Strategic Service (OSS), *servicio de información estadounidense precursor de la CIA. Esos documentos, fechados los años 1944 y 1945, contienen información sobre personas que supuestamente trabajaron para el CICR durante la Segunda Guerra Mundial.*

El CICR desea aclarar esas denuncias, que ponen en tela de juicio la actividad de la Institución en favor de las víctimas durante la Segunda Guerra Mundial. Sus archivistas trabajan activamente para ello. De momento, la Revista *publica una primera información sobre el particular, preparada por la División de Prensa del CICR.*

¿Infiltración nazi en el CICR?

Recientemente se publicaron en la prensa algunos paisajes de documentos procedentes de los servicios secretos estadounidenses (Oficina de Servicios Estratégicos, predecesora de la actual CIA), en los que se pone en entredicho a ciertos delegados al servicio del CICR en la época de la Segunda Guerra Mundial.

Estas alegaciones conciernen en particular:

— al tráfico de bienes incautados a las víctimas de las persecuciones nazis,

— y al espionaje, incluso a la infiltración en el CICR de agentes al servicio de la Alemania nazi.

El CICR toma muy en serio estas acusaciones y sin demora emprendió las investigaciones que se imponen para esclarecer el caso.

Aunque el tiempo no ha permitido todavía estudiar el conjunto de la documentación disponible, cabe aportar las siguientes precisiones.

I. Tráfico de bienes

Según los documentos estadounidenses y las investigaciones efectuadas en los archivos del CICR, se ha podido comprobar que la policía turca acusó a un ex delegado del CICR, llamado Giuseppe Beretta, de estar involucrado en un asunto de tráfico ilícito.

Al servicio del CICR desde el 10 de febrero de 1943, Giuseppe Beretta trabajó primeramente en Izmir (Turquía), donde tenía por misión organizar el abastecimiento de la población de las islas griegas del Mar Egeo, que entonces padecía hambruna. En agosto de 1943, fue transferido a Estambul, donde se encargó del tránsito de socorros destinados a los prisioneros de guerra italianos en las Indias. En enero de 1945, la policía turca abrió una investigación contra él, pues se sospechaba que «había actuado contra las prescripciones de la ley sobre la protección de la moneda turca y que había practicado contrabando de mercancías» (carta del 12 de marzo de 1945 de la Embajada de Turquía en Berna al CICR, anexo 1). Al término de esta investigación, tuvo que restituir a la policía 710 piezas de oro depositadas en un cofre alquilado a su nombre en el *Deutsche Orient Bank* en Estambul. Fue llamado inmediatamente a Ginebra, adonde llegó el 12 de febrero de 1945. El día siguiente, presentó su dimisión, que fue aceptaba en el acto. Durante la sesión de confrontación que tuvo lugar dos días más tarde (el 14 de febrero), Beretta declaró que las 710 piezas de oro se las había remitido un periodista húngaro residente en Estambul, llamado Willy Goetz-Wilmos. Según el informe de un agente de los servicios de investigación estadounidenses, Goetz-Wilmos era, al parecer, un agente alemán al servicio de la Gestapo. Beretta negó las otras acusaciones contra él. Por lo que hoy sabemos, no existe ninguna prueba de que haya violado el correo del CICR con objeto de transferir fondos o valores hacia Suiza, pero tampoco se pueden excluir categóricamente tales alegaciones.

Mediante un mensaje del 23 de marzo de 1945, el coronel de brigada Roger Masson, jefe del Servicio de Investigaciones del ejército suizo, intervino en favor de Giuseppe Beretta, solicitando al CICR que tratara este caso con *«indulgente comprensión»*. Cabe, pues, preguntarse si Beretta mantenía algún contacto con el Servicio de Investigaciones del ejército suizo. A estas alturas, no hemos podido descubrir prueba alguna a ese respecto.

Por lo que sabemos, Beretta no fue ni inculpado ni condenado por esos hechos sumamente deplorables, en Suiza o en Turquía. En cambio, varios empleados del *Deutsche Orient Bank* fueron detenidos y durante su proceso se aludió a Beretta.

II. Acusaciones de espionaje

En otros documentos recién publicados, se ha puesto en entredicho a delegados del CICR residentes en África del Norte y, subsidiariamente, en Nápoles y Marsella.

Citado en esas acusaciones se encuentra un tal Jean-Robert o Jean-Roger Pagan (el nombre varía según los documentos), que trabajó para el CICR de marzo de 1941 a marzo del año siguiente. Era entonces empleado del Servicio colonial de la Agencia Central de Prisioneros de Guerra en Ginebra, que se ocupaba de la correspondencia de los prisioneros oriundos de las colonias francesas. Cesó sus funciones en el CICR por propia iniciativa, en marzo de 1942, y se fue a vivir a África del Norte, donde tuvo contactos episódicos con varios delegados del CICR y contactos más frecuentes con uno de entre ellos, Georges-Charles Graz, director de la Agencia, que efectuó una misión en Argelia de abril a octubre de 1943 y que había sido uno de sus antiguos compañeros de curso.

Pagan fue detenido en octubre de 1943, acusado de espionaje. Posteriormente, fue condenado y fusilado en diciembre de 1944. Durante el interrogatorio a que estuvo sometido, dio los nombres de los delegados con quienes había estado en contacto, particularmente el de Georges Graz, que fue arrestado y objeto de investigación durante cuatro días por parte de la policía francesa, antes de ser liberado y autorizado a regresar a Suiza.

No tenemos constancia de que otros delegados hayan sido inquietados en el marco de este asunto, pero tampoco podemos excluirlo, pues no hemos concluido aún nuestras investigaciones.

Como quiera que sea, con respecto a los informes recién publicados, se imponen los siguientes comentarios:

a) A las aproximadamente 50 personas cuyos nombres figuran en los documentos estadounidenses recién publicados, se las presenta como representantes de la «Cruz Roja Internacional», de las cuales 16 fueron colaboradores del CICR, de manera permanente o temporal. Las demás personas mencionadas en dichos informes, en particular aquellas sobre las cuales pesan las más graves sospechas, no pertenecían al CICR.

b) El autor del memorándum del 4 de febrero de 1944 confunde al doctor Paul Burkhard, médico, delegado en Nápoles, con el profesor Carl J. Burckhardt, conocido historiador y diplomático, antiguo alto comisionado de la Sociedad de las Naciones en Dantzig, miembro del CICR y presidente de la Comisión Mixta de Socorro de la Cruz Roja Internacional. Sin duda esta confusión fue la que indujo al autor del memorándum a concluir que había una infiltración en «la Cruz Roja Internacional» a nivel de sus órganos dirigentes, lo que denota también su falta de conocimiento acerca del CICR.

c) El autor del memorándum reprocha a los delegados del CICR, sobre todo al doctor Paul Burkhard, delegado en Nápoles, haber transmitido información relativa al buque S.S. Canada: «*A finales de diciembre, la sede de la CRI en Ginebra informó por cable a la CRI en Argel los detalles de un elaborado sistema de comunicación para la Cruz Roja entre África del Norte y el sur de Italia. Se designó a un tal doctor Burkhard como corresponsal y, más tarde, como codelegado de la CRI para el sur de Italia. Se pidió a Kuhne que se pusiera en contacto con él. Tenían que trabajar en los campamentos de prisioneros en el sur de Italia. Todo esto parecía tener un aspecto normal en el marco de las actividades de la Cruz Roja. Sin embargo, en los cables se daban los planes de un elaborado sistema de comunicaciones, así como los detalles de la utilización de un barco, el S.S. Canada, en términos bien poco necesarios, aparentemente para uso ordinario o incluso extraordinario de la Cruz Roja. En vista de que ya se sospecha de Kuhne, debido a sus asociados, cabe pues poner en duda la inocencia de los planes. Tras los primeros cables, se han seguido transmitiendo otros similares con pormenorizada información*» «Agentes enemigos y la Cruz Roja Internacional» (memorándum del 4 de febrero de 1944, sin nombre de autor, página 3).

En realidad, por carta del 24 de diciembre de 1943, el Comité francés de Liberación Nacional en Argel solicitaba al CICR que notificara al gobierno del Reich y a la Comandancia italiana la puesta en servicio del buque hospital CANADA, comunicándole todas las características del barco, de conformidad con lo estipulado en el Convenio X de La Haya del 18 de octubre de 1907 (véase anexo 2). El Gobierno francés tenía que solicitar al CICR que procediera a una nueva notificación relativa al mismo barco, el 25 de noviembre de 1944 (véase anexo 3).

d) Asimismo, el autor del informe del 21 de febrero de 1944 reprocha al delegado René Dechevrens, residente en Túnez, haber transmitido por telegrama la identidad y la dirección de dos representantes (*«trustees»*,

fideicomisionados) de los prisioneros de guerra alemanes, a saber, el cabo Fritz Winkelmann y el cabo jefe Karl Klingemann; en el documento se añade:

«La información referente al hecho de que un prisionero de guerra alemán es un fideicomisionado en un campamento de prisioneros no parece ser de utilidad para la Cruz Roja, sino visiblemente de interés para el ejército alemán» (informe del 21 de febrero de 1944, página 6).

Tras verificación, parece ser que los cabos Winkelmann y Klingemann eran los hombres de confianza de los prisioneros de guerra alemanes, en el sentido del artículo 43 del Convenio de Ginebra del 27 de julio de 1929. El CICR solía dar en sus informes la identidad de los hombres de confianza de los prisioneros de guerra, por lo que esta información no tiene carácter confidencial alguno.

Además, a lo largo de toda la guerra, el CICR comunicó a la respectiva Potencia de origen y a los familiares, los nombres, los datos de identidad y la dirección de varios millones de prisioneros de guerra no solamente alemanes e italianos, sino también polacos, franceses, belgas, holandeses, noruegos, yugoslavos, griegos, británicos, estadounidenses, etc. En 1944, había que estar muy mal informado para no saberlo.

e) Las otras alegaciones relativas a los delegados del CICR parecen desprenderse de simples rumores. Así, varios delegados fueron catalogados de sospechosos por el solo hecho de haber compartido una habitación con oficiales estadounidenses en el hotel Aletti de Argel, lo que se explica fácilmente, dada la falta de alojamiento hotelero en una ciudad promovida súbitamente a capital de la Francia libre y convertida en cuartel general de las fuerzas aliadas que operaban en el Mediterráneo occidental.

Asimismo, con respecto a varios delegados, en los informes se señala que debían ser vigilados, lo que no tiene nada de sorprendente. De hecho, es totalmente legítimo que un Estado en guerra ejerza una vigilancia por lo que atañe a personas que deben desplazarse con frecuencia en el país y en el extranjero, que tienen acceso a los campamentos donde hay prisioneros enemigos con los cuales están autorizados a entrevistarse sin testigos y, a veces, en su mismo idioma, que tienen también contactos con las autoridades militares, que a menudo deben reunirse con representantes del enemigo, sea en las líneas de alto el fuego sea en país neutral, etc.

f) No tenemos conocimiento de que las autoridades superiores estadounidenses hayan dado a esos informes la importancia que ciertos órganos de prensa intentan darles hoy. Como quiera que sea, ni el Gobierno estadounidense ni el Gobierno francés ha retirado su confianza al CICR.

III. Observaciones generales

1. En resumen, por lo que sabemos hoy, en el primer caso, nos encontramos, al parecer, ante un asunto que tiene todo el aspecto de ser crapuloso. En cuanto tuvo conocimiento al respecto, el CICR despidió al delegado en cuestión. Sus tentativas para aclarar el caso quedaron frustradas rápidamente.

En el segundo caso, puede descartarse ya una parte importante de las acusaciones de espionaje, incluso de infiltración en el CICR de agentes alemanes; además, el autor o los autores de los informes recién publicados dan muestras de no poca ignorancia acerca del cometido del CICR y dicen ser espionaje actividades perfectamente regulares desplegadas con total transparencia y con el asenso o a petición de las autoridades aliadas.

2. Tal como se indica más arriba, el CICR toma muy en serio esas acusaciones, a pesar de que en uno de los casos, los hechos imputados a los delegados no parecen tener en modo alguno la gravedad que ciertos órganos de prensa han querido darles. El CICR tiene la firme intención de elucidar las acusaciones formuladas contra él o contra sus ex colaboradores. Así pues, proseguiremos nuestras investigaciones e informaremos oportunamente acerca de las conclusiones a las personas o a las organizaciones que nos han interrogado a ese respecto que han puesto recientemente en duda la actuación del CICR, particularmente, el Congreso Judío Mundial y el senador d'Amato, presidente del Comité bancario del Senado de los Estados Unidos. Se ha previsto una misión en ese sentido para comienzos de octubre.

3. Cabe, asimismo, recordar que el CICR contó, durante la Segunda Guerra Mundial, con los servicios de más de 3.000 empleados en Suiza, que principalmente prestaban servicios en la Agencia Central de Prisioneros de Guerra y en la División de Socorros, así como de hasta 180 delegados repartidos en 92 delegaciones o subdelegaciones en 61 países diferentes y de varios miles de empleados reclutados localmente. En 30 de junio de 1947, los ficheros de la Agencia Central de Prisioneros de Guerra tenía cerca de 36 millones de fichas. En esa fecha, el CICR había recibido más de 59 millones de solicitudes —en las que se requería esencialmente información acerca de prisioneros de guerra o de personas de las que no se tenían noticias— y había expedido más de 61 millones de respuestas; los delegados del CICR habían efectuado más de 11.170 visitas en campos de prisioneros de guerra o de internados civiles y se habían encargado del transporte y de la distribución de 470.000 toneladas de socorros para los prisioneros de guerra y los internados civiles —principalmente en Alemania— es decir, el equivalente de unos

90.000.000 de paquetes de 5 kilos. La Comisión Mixta de Socorro había enviado y distribuido unas 165.000 toneladas de víveres, medicamentos y otros suministros para la población afectada; tan solo en Grecia se habían repartido más de 750.000 toneladas de víveres y de socorros diversos.

División de Prensa del CICR